

Y al verse perseguido de sus canes
que, hasta ayer, tantas veces,
compartieron con él lecho y afanes,
cató el pastor de su dolor las heces.

II

Estaba solo...

Mas no vió que estaba
solo, hasta este momento,
cuando la boca, que le restañaba,
si se hería, al andar, el pie sangriento,
hoy, esquiva, ladraba.

«¡Maldito soy!», rugía,
seguido de los negros ladrones,
y huyendo, en ansias, por el agria vía,
loco, á salto de mata, á los alcoves;

«¡Maldito soy!»
Si á detenerse prueba,
yerto, abriéndose en cruz entre los riscos,
los dos canes le alcanzan y á mordiscos
hacen botín del hijo de la gleba...

III

Va á castigarles; enarbola el palo
de retorcido boj de su cayada,
y ellos, huyendo por el monte ralo,
le ladran, desde abajo, en la cañada...
Tiempo era ya; del delirante escalo
cae rendido, el pastor, en la explanada.

Y en la postura de las Magdalenas,
sobre las arduas rocas,
que abrían los abismos de sus bocas
y no bastaban á tragar sus penas,

porque se hinca en un codo, incorporado,
y porque pesa el corazón, caído,
ve, por fin, el pastor, que ya ha tocado
aquel ápice hirsuto del pecado
donde, no siendo en Dios, no tiene egido.

IV

Y se bañan de lágrimas sus ojos,
pensando en sus dos perros,
que han hecho con su espíritu, en los cerros,
lo que con el rebaño, en los matojos;

que le han ido acosando;
y aquí le han puesto valla y al encuentro
se le han erguido, más allá, ladrando,
hasta meterle dentro
de un místico redil donde, temblando.
le dejan frente á Dios, que está en el centro.

La jara en llamas otra vez fulgura;
quema al pastor la piel, no las sandalias;
y otra vez, del Señor, en el altura,
se cumplen las divinas represalias.

Sólo de haber llorado
siente su corazón en tanto alivio,
que se le esponja, sobre aquel collado,
como las gramas, al oreo tibio
del aire de montaña embalsamado.

Y en tierra como está, murmura preces;
y da gracias al cielo, que ha querido
allegarle aquel vaso, en que han bebido
tan pocos hombres y tan pocas veces,
cuando regresan, y no han perecido,
de apurar el pecado hasta las heces.

V

Vuelve á estar en silencio la cañada;
se alza el pastor, empuña la cayada,
y en el albor de la mañana quieta,
toma, por una senda, hacia la ermita
donde es fama que habita,
sólo con Dios, el Santo de Ibañeta.

EL HOMBRE JUSTO

I

Del mundo, en tal modo
vivía apartado,
que era, para él, todo
su mundo, un collado;
de las flores de él
tenía cercado
y á su medro y grado
cuidaba, en un prado,
panales de miel.

Buscó, á lo ermitaño,
como una cigüeña,
para todo el año,
su choza roqueña;
su lecho es jaral

que secó en la breña;
 su mesa, una peña;
 de burda estameña
 su burdo sayal.

Templaba sus penas
 á los corazones;
 castraba colmenas;
 sabía oraciones;
 tenía un hablar
 de tantas razones,
 que, en sus disensiones,
 los altos barones
 le oían fallar.

Hacía su ley
 del buen sentimiento;
 al siervo y al rey
 les dió acatamiento;
 dijo:

«El mundo es tal,
 que hace su elemento
 de ser violento;
 pues, á todo evento,
 volved bien por mal».

Y así largos años,
 en sus peñascales,

remedió los daños
 de sus naturales.
 Su vida era un haz
 de auroras iguales;
 daba á los mortales
 miel de sus panales;
 de sus manos, paz.

II

Dijo:

«¿Y yo no haría
como mis abejas?
Su vida y la mía,
¿no corren parejas?»

Si el mundo es jardín,
si hay flores en él,
¿no es hora, por fin,
que coja la miel?»

La frente en la mano,
fruncidas sus cejas,
vivió nuestro anciano
como sus abejas.

Y con arte suma
dióse á dar caudal;
su aguijón, la pluma,
y un libro, el panal.

Forzando el desvelo,
tomó por colmena
la noche serena
colgada del cielo;

y haciendo labor
bajo las estrellas,
su labor, tras ellas,
miraba el Señor.

En la oscuridad,
se le antojan flores
todos los dolores
de la humanidad.

Su aguijón pasea
de uno en otro, el viejo;
detrás de una idea,
destila un consejo...

Mira complacido
su cosecha austera:
la miel, el sentido;
las letras, la cera.

Y cuando descansa
del largo desvelo,
su mirada mansa
va á buscar el cielo.

A solas y á tino,
va á buscar, con ella,
el rostro divino
detrás de una estrella...

Y unidos los dos,
con fruición bebe
del lirio de nieve
del amor de Dios...

LA CONFESION

I

Estábase la pluma en una mano
y un cráneo enfrente de él y un pergamino,
del bien y el mal á destilar lo arcano,
cuando el pastor á interrumpirle vino.

Jadeante, cubierto
de su anguarina, como de un nublado,
cegó la puerta que se abría al huerto
su lúgubre perfil de atormentado.

Y antes de verle, como el viejo siente
que el súbito bochorno
que espesa el aire será el vaho de horno
de las pasiones del que tiene enfrente,

«Cuéntame, dice, tu dolor, cuitado,
y espera en Dios».

Un líquido reposo
de agua, al caer, tenía su dictado;
y era todo él misericordioso...

II

Habla el cuitado y el mirar cobarde
clava en tierra, diciendo de su vida;
pero empieza á sentir, sobre su herida,
las dulzuras del fresco de la tarde.

III

Y su visión de caza y la doncella
que le cegó, cuando bajaba al llano;
y la Muña, después, que le atropella;
y la imagen que esculpe; y puesta en ella
la paloma gentil de aquella mano,

todo se aboca al torrencial efuvio
de su anhelante confesión.

Y cuenta
del naufragio de su alma, en el diluvio
de la gran maldición que le atormenta...

Palpita casi con humano duelo
la cayada, en su mano; y de su anhelo
dice más que sus gritos y sus quejas;
y con ella, el pastor, dando en el suelo,
dobla á muerto por todas sus ovejas.

IV

Está en lo más cruel; está diciendo
de su postrera fuga, por los cerros,
hoy, perseguido...

Calla, no queriendo
acusar á sus perros.

Pero entonces le tiende
compasivo su mano,
y haciéndole callar, porque comprende,
—«No es necesario más», dice el anciano.

SANTAS PALABRAS

I

Revolotea una paloma
blanca, de toda claridad,
hasta posarse sobre el hombro
del ermitaño, en su sayal;
y éste es el punto en que él recoge
su pensamiento, antes de hablar;
y puesto el índice en el aire,
como viñeta en santoral,
dice al cuitado estas palabras,
con una voz de santidad:

II

«Si Dios me deja y le da fuerzas,
 una mañana, á mi humildad,
 iré á tu choza, donde cuentas
 que estás haciendo tanto mal.
 Si esta mañana está muy cerca,
 ya quiero verte comenzar;
 si está más lejos, tus dos manos
 la imagen santa acabarán.
 Digo la imagen y te fío
 en Dios y en mi ánima, zagal,
 que entre diez lámparas de plata,
 hemos de verla en un altar.

III

»¿Por qué pararte en lo que es malo,
 si el bien florece más allá?
 ¿Porqué te quedas entre nubes,
 si ellas engendran tempestad,
 y tú ya sabes de las cimas,
 en donde calla el aire en paz?
 Date á seguirme; que la senda,
 por donde quiero hacerte andar,
 deja las aguas, en la rambla,
 luchando con el pedregal;
 ladea blanda unos alcores,
 se hace vereda, en un pinar,
 topa el hayedo, á media cuesta,
 y llega al caño manantial
 adonde el agua, hirviendo apenas,
 con un rumor de eternidad,
 es el suspiro de una peña,
 que Dios acaba de horadar...
 El mirar torpe engendra, hermano,
 la torpe laya del pensar;
 del pensar mal, nacen unidos
 el mal sentir y el mal obrar.
 Ese cuchillo de tu cinto
 no está en tu cinto nada más;
 toma de forro tus entrañas

y su ralea ellas le dan.
 Cuando lo mueven tus dos manos,
 según el sitio adonde va,
 será reptil, rayando limos;
 ó luz de rayo en temporal.
 El mundo espera que tus obras
 le den el molde en que ha de entrar;
 ojos de lobo y lumbre de astros
 son las centellas de un fornal;
 tu pensamiento cuece, en ellos,
 y según sea, será el pan...
 Como las aguas de un torrente,
 la creación ha de pasar
 por el molino de tu alma,
 que muele para eternidad;
 toda la tierra da la fuerza,
 tu corazón, la calidad;
 si has codiciado blanca harina,
 echa buen trigo y nada más...

IV

»¿Quién eres tú, bigardo ruin,
 quién eres tú para afirmar
 que esa tu Dama era del mundo,
 si te cegó sólo al pasar?
 Deja las aguas, en la rambla,
 luchando con el pedregal;
 y llega al caño, en la alta peña,
 que Dios acaba de horadar...
 Santa María, en su montura,
 llena de toda claridad,
 entre unos ángeles, has visto,
 bajo los árboles, pasar.
 La blanca yegua que regía,
 la creación limpia de mal;
 la blanca mano, hundida en luz,
 el lirio de su castidad;
 las trompas de oro, en montería,
 la hora precisa al bien obrar;
 los jabalíes, la manada
 roma y cerril, de Satanás;
 y la ceguera de tus ojos,
 que tú te empeñas en quebrar;
 la visión única y serena,
 sin vallas donde remansar,

ante la cual se monda el orbe
de su envoltura terrenal,
y que, vacía, á Dios tan sólo,
cauce sin agua, va á buscar...

V

»Vuelve á tu choza, ruin bigardo;
mal pagador del mejor pan;
déjate el barro de las manos
en las espinas del zarzal;
déjate el barro de las carnes
en una viva castidad;
torna á tu imagen, que querías
para la podre nada más,
y dale al tronco una corona
de soberana majestad;
que, encima de él, será el ramaje
donde se vayan á posar
todos los astros de la noche,
como calandrias en parral...

VI

»Si has de amasar barro con barro,
 ¿para qué quieres tanto afán?
 ¿A qué el aceite, en una lámpara,
 si no ha de darte claridad?
 Saca el cuchillo de los forros
 de tus entrañas de zagal;
 que no es reptil, rayando limos,
 sino que es rayo en temporal;
 Santa María espera el trono
 donde la sientes á reinar.
 Para mañana, si es mañana,
 ya quiero verte comenzar;
 y si hace Dios que pasen días
 hasta que bese mi humildad
 la cruz de palma de tu puerta,
 ni la corona ha de faltar.
 Pero esa mano, que decías
 que era paloma, en la piedad
 de la mañana, sujetando
 la creación, por el rendal,
 bésala casto, cuando llegues,
 y no la vuelvas á tallar;
 que ésa ya ha dado flor en ti;
 y así está bien y así es verdad.»

VII

Callóse.

El índice, en el aire,
 cuando él dejó de platicar,
 trazó, al caer, como una raya
 fina y sutil de claridad;
 por donde, entrando toda junta,
 como en un cauce un torrental,
 vino á abocarse sobre el mundo
 la bullidora eternidad...

VIII

Sintió el cuitado aquel influjo;
 se puso en pie, sin replicar;
 tenía el rostro color de oro
 como, al primer atisbo, el pan.
 —«¿Y tantos males, que me asedian,
 con esto acaban, nada más?»
 El ermitaño sonreía;
 pero aún le quiere asegurar:
 —«Si lo haces bueno, en tus entrañas,
 ¿quieres que el mal vuelva á ser mal?»

IX

Ahora el pastor tiene un recuerdo
 que no le deja sosegar:
 —«¿Y mis ovejas, si están muertas,
 cómo á la vida volverán»
 El ermitaño todavía
 le da otro golpe al pedernal:
 —«Desde aquí veo el redil blanco;
 si no son ellas, ¿qué será?
 Anda, hijo mío, y haz recuento
 de tus ovejas, al pasar.»

Como la fe vuelve á correr
 sobre aquel páramo erial,
 ni el ermitaño ni el pastor
 tienen que hablarse nada más...

LA IMAGEN

I

La montaña espectral
en la luz de la luna diluída,
sólo acusa, al rumor del manantial,
una sutil palpitación de vida.

Y los peñascos son apariciones
que están, de senda en senda, arrodillados;
como si murmuraran oraciones
de bienaventurados...

II

A esta luz se transforma
cada ardua cosa en su pristina idea;
que, desasida en lo irreal, ondea,
como si fuera líquida, la forma.

Y en vez de ir con los ojos al encuentro
de las cosas reales,
son ellas las que, en estos peñascales,
se nos deslizan corazón adentro...

III

Canta el alcor su melodía aguda,
fijo, en la paz divina
de la noche, y él solo nos escuda
contra el fluir de toda forma en ruina.

Y á sus fijas quietudes
parte el alma, y en ellas se sujeta;
puesta á gozar de las excelsitudes
en el remanso de su línea quieta...

IV

Como un despojo en una blanca urna,
caen las almas allí, y á la caricia
con que las besa la piedad nocturna,
su infinitud la eternidad inicia.

V

Pues cada noche, á esta hora, en la majada
dejando á su rebaño redivivo,
proseguía el pastor, en lo furtivo
de su chabola, su labor callada.

Y sus pasiones de hombre triturando
bajo la piedra de su fe, sentía
que el misterio total iba encarnando
en su temida aparición de un día.

Y cada vez que en lo rebelde arcano
algún trazo inseguro se le oculta,
vuelve á asirse el pastor de aquella mano
que su viviente realidad indulta.

Y por aquella mano guiadora,
como ella evoca toda la figura,
va acercándose el ruin, hora tras hora,
á la expresión cabal de su escultura...

VI

Así, Santa María,
por el cuchillo de un pastor, tomando
forma en un tronco de esta serranía,
tu imagen vino al mundo, eternizando
un monte en flor, un corazón amando...

SOLILOQUIO DEL POETA

I

Y así cuando más quiere, la mirada,
más reconstruye, en ti, todo el pasado
del dolor en que fuiste idealizada;
que eres tan del pastor que te ha engendrado,
como él fué tuyo, en su labor callada.

Y en ti, la Dama Blanca y aquel ruido
que ella supo acallar, de montería;
y en tu morena rustiquez bravía,
una hermandad de corazón ardido
que hoy redime á la Muña todavía;
y en tu busto, un erguirse de collado
limpio y audaz, al sol de la mañana;
y en tu regazo, la quietud de un prado,
que se afina en un ruido de campana;
y en el moverse y el caer plegado
de este manto de Reina, en tu figura,

que le da majestad y la acompaña,
la suavidad, los tránsitos y holgura
de los pliegues de tierra, en la montaña...

La plateada lámpara destila
su lumbre en el collado de tu frente,
y oigo conjuntamente
balido de corderos, son de esquila
y chopoteo de aguas en torrente...

Me interno en la callada
paz de selva que tiene tu mirada,
y la aspereza del vivir huraño
que me tenía el alma lacerada,
se me ablanda en vellones de rebaño
y en parvedad holgada
de burel de ermitaño...

Que en estas altas cumbres,
tallas devotas de bordado manto,
vuestra montaña os transmitió su encanto
de viva humanidad, sin muchedumbres...

Y la piedad divina
de vuestros corazones no se agota
porque heredasteis la virtud genuina
del caño manantial, en la colina,
y caláis en las almas gota á gota.

EPILOGO Y ORACION

I

Pasado tiempo, Señora,
cuando á mi descanso vaya
para la serena playa
donde me escuchas ahora,

si ha de entrar ciego el destino,
llevándose de través
estos rebaños, que hoy ves
que hacen, conmigo, el camino,

no olvides, Señora mía,
la ansiedad de esta mirada,
y llegue hasta mi alquería
la punta de tu cayada.

II

De poner, años atrás,
mi fe en todos, la perdí;
y hoy dudo de los demás
tanto, que dudo de mí.

Hoy caigo á tus pies, llevando
las espaldas destrozadas
de las esquivas miradas
que las torturan pasando;

y hoy me decía, Señora,
llegando herido hasta aquí,
«¿qué hago en e mundo, si ahora
no necesita de mí?».

III

Yo no estoy hecho al rebato
de las voces descompuestas;
ni pongo, para las fiestas,
campana sobre mi hato;

ni busco todos los días
harina para mis panes,
contando mis fechorías
en junta de rabadanes;

ni, cuando el frío del año
quemó en el prado mis henos,
meto á pacer mi rebaño
por los henares ajenos;

ni, en la holgura, á mi vecino,
llamándole á mi ventana,
le doy vino, por el vino
que le pediré mañana...

IV

Quedéme solo, á razón
de hacer más camino, andando;
quedéme á solas, cuidando
las cosas del corazón;

y cuando al prado llegó,
sonora, la muchedumbre,
traje el redil á esta cumbre
y aquí estamos él, tú y yo.

V

Pues hoy, que en esta arboleda
con mi grey, dime á temblar
por la orfandad en que queda,
cuando yo venga á faltar,

no te hagas sorda á mi llanto
y déjame, en mi aflicción,
pensar que tiene tu manto
después de mi corazón.

Caigan sobre mis amores
tus dulces manos divinas,
como caen estos candores
de la luna, en las colinas.

Mírame llegado al hito
de la senda, por mi pie;
ve que dudo y necesito,
Madre mía, tener fe;

que es dulce en este infecundo
frío de los corazones,

pensar en las protecciones
que están más allá del mundo;

que nos ayuda á vivir,
cuando más agrio luchamos,
pensar que no abandonamos
á los nuestros, al morir;

y que en estas soledades,
donde el horror se atropella,
siempre ha surgido la estrella
que calma las tempestades...

VI

Ella y él—hijo y mujer—
hechos están, hasta aquí,
á asegurarse de mí
cuando empiezan á temer,

y por si un día no puedo
mi turbación ocultar,
también yo empiezo á temblar
del miedo de tener miedo;

que, ignorando la razón
de este hirviente remolino,
por donde la creación
sigue á ciegas su camino,

de poco vale, Señora,
cayada que va, al acaso,
marcando al rebaño el paso
por unas sendas que ignora.

VII

Luz de luna, en los alcores
de estos agrios peñascales;
Señora de los pastores
que salvas los recentales;

última razón de ser
de una fe que lucha, viendo
que en todo falla; muriendo,
para volver á nacer;

lámpara, hogaño encendida
cuyo aceite ha procurado
mi corazón, torturado
por el dolor de la vida;

alba, que en ser deseada,
nos traes tu mayor consuelo;
porque no estás en el cielo
y estás en nuestra mirada;

hème á tus pies...

Y si empeño
palabra de serte fiel,
¡no sean, mis votos, el
pasar á un sueño, de un sueño!

VIII

De lo vivido hasta aquí
sólo me queda este amor
y por guardarlo mejor,
lo quiero guardar en ti;

pues tú, en estos peñascales,
recibe mi amor humano
y asegúralo, en tu mano,
por senderos inmortales...

IX

A un paso de mi majada,
donde está aquel prado tierno,
saldremos, esta alborada,
á ver la yerba, agitada
del oreo de lo eterno...

Y estos dos—hijo y mujer—
que irán conmigo, á mis lados,
se alborozarán, al ver
un nuevo río correr
de los divinos collados...

X

Y, de hoy más, en las entrañas,
no temblaremos, inciertos,
si de hoy más nos acompañas,
por los caminos desiertos,
Señora de las montañas
con tus dos ojos abiertos...

Roncesvalles, 1912.—Madrid, 1914.

INDICE